

Agente viajero

Mis correrías como agente viajero

Por el año de 1913 Victoriano Huerta usurpaba el Gobierno, el Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez fueron asesinados, por órdenes del propio Huerta, a espaldas de la Penitenciaría. En este tiempo empecé a viajar como vendedor de la fábrica de puros de mi padre y seguí viajando durante seis años, como quien dice de Sonora a Yucatán, por lo que llegué a conocer bastante bien el país, así como a los clientes que teníamos.

La República estaba dividida en dos bandos, el Norte estaba bajo el dominio de la Revolución encabezada por Venustiano Carranza, no obstante que éste había sido senador en el gobierno de Porfirio Díaz, y el centro estaba en poder de Victoriano Huerta. Venustiano Carranza formó tres cuerpos de ejército. El Ejército del Noroeste que dominaba los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas al mando del General Pablo González. Este Pablo González desde un principio demostró ser un fracaso como General, pues nunca ganó una batalla de importancia y era poco conocido.

El Cuerpo del Ejército del Noroeste era comandado por el General Álvaro Obregón que dominaba los estados de Sonora, Sinaloa y Nayarit. El General Obregón había sido agricultor en Cajeme y posteriormente Presidente Municipal de Huatabampo, Sonora.

Otro de los jefes del Cuerpo de Ejército del Noroeste era el General Plutarco Elías Calles, quien había sido maestro de escuela en Guaymas, Sonora. Lo encontré en la casa de una norteamericana, quien tenía en Agua Prieta una tienda y casa de huéspedes donde yo me alojaba, además de venderle puros. Tuve bastante oportunidad de platicar con don Plutarco Elías Calles evitando, como siempre había sido mi costumbre, hablar de política, lo que no podía hacer en mi calidad de extranjero. Dio la casualidad que en la casa vecina murió una niña y querían los padres que yo le sacara una fotografía, pero como estaba obscura la pieza supliqué a don Plutarco que me ayudara a sacar el catre con la niña a la luz del sol.

El General Plutarco Elías Calles tenía entonces como único puesto político el de Preboste, o sea Presidente Municipal de Agua Prieta, y aunque era en ese momento amigo de Obregón, quien ocupaba el mismo puesto en Huatabampo, no había todavía la intimidad entre ellos que después creció a tal grado que llegó a ser su segundo.



...de camisa y sin saco.

Los estados de Chihuahua y Durango estaban dominados por la División del Norte, cuyo jefe era el General Francisco Villa, quien en sus principios había sido un bandolero en el estado de Durango bajo su nombre verdadero: Doroteo Arango. Francisco Villa era el tercero de los tres jefes armados mandados por Venustiano Carranza y tenía su cuartel general en el edificio de la Aduana de Ciudad Juárez, donde yo lo veía con mucha frecuencia pero sin hablar con él, porque yo tenía un depósito de puros en la casa que hacía esquina a la aduana, ocupando el piso de abajo uno de mis clientes. Los puros los mandaba por barco a Galveston y después por ferrocarril a El Paso para internarlos nuevamente a México. Desde Ciudad Juárez fui trabajando todas las plazas hacia el Sur por donde iban avanzando las fuerzas de Venustiano Carranza contra el usurpador Victoriano Huerta.

En una ocasión llegué de Agua Prieta a Hermosillo y en la calle encontré casualmente al licenciado Juan Sánchez Azcona, a quien había conocido con alguna intimidad en Veracruz, después de que había sido ministro en el gobierno de Madero. Me conoció inmediatamente y en una plática que tuve con él me quejé de que Victoriano Huerta no dejaba salir puros fabricados en el estado de Veracruz para el Norte de la República si no pagaban doble impuesto. Me ofreció arreglar este asunto inmediatamente con el gobierno local de Hermosillo y éste decretó que los puros del estado de Veracruz no necesitaban pagar más que \$6.00 por millar, y de esta manera seguí la ruta de Obregón en su marcha para el Sur, vendiendo puros, sin que mi competencia supiera la forma en que lo hacía.

Llegué a Mazatlán precisamente en la época en que Francisco Villa había atacado la población de Columbus, Nuevo México, matando a algunos de sus habitantes. Entonces el gobierno norteamericano, haciendo uso de un arreglo que decía había entre los dos países para cruzar la frontera en estos casos, nombró al General John Pershing, que era el jefe de la tropa americana, para cruzar la frontera y tratar de capturar a Francisco Villa; pero después de algunos meses no lo pudo capturar y es más, Francisco Villa atacó un tren del ferrocarril de Madera a Ciudad Juárez.

rez, en la estación Santa Isabel, asesinando, entre otros pasajeros, a algunos norteamericanos. Pershing regresó a Texas sin haber tenido éxito.

Yo tuve un incidente en Mazatlán que fue el siguiente: había en el mismo hotel dos americanos, uno que se decía conductor de ferrocarril y el otro no me dijo cuál era su ocupación; pero como el ejército americano había cruzado la frontera en busca de Pancho Villa, temían ser aprehendidos ellos, sobre todo si las autoridades locales les tenían alguna sospecha. Yo creo que eran de los llamados o mal llamados miembros de la inteligencia, vulgo espías, de su gobierno. Les decía que yo paseaba tranquilamente por las calles sin que nadie supiera si era americano o inglés y nadie me molestaba. Sin embargo seguían asustados y entonces fui a ver al comandante que era el General Ángel Flores, con el que platiqué del miedo de esos dos norteamericanos. Me dijo que no corrían ningún riesgo, que había otros norteamericanos en Mazatlán y a ninguno de ellos se pensaba molestar. Le manifesté, sin embargo, que estos que estaban en mi hotel querían ir a bordo de un barco de guerra que estaba surto cerca de la costa, para regresar a su país y que, mientras tanto, los llevaría al Consulado Británico que estaba entonces en la calle que subía de Olas Altas, con vista al mar, y bajaba al puerto. Me dijo que no tenía ningún inconveniente en facilitarme una lancha para llevar a estos dos individuos. El Vicecónsul Británico, creo recordar que se apellidaba Watson, era muy amigo mío, les ofreció quedarse en la terraza de su casa, para que los recogiera yo la mañana siguiente. Los llevé hasta a bordo del barco americano y expliqué al capitán de lo que se trataba y me dijo que con mucho gusto los llevaría a su país. El General Ángel Flores me suplicó, como no había comunicación en estos tiempos, no sabía lo que estaba pasando en el mundo y como el barco americano seguramente recibía diariamente noticias inalámbricas, que si pudiera conseguirle una copia del boletín diario, el que me dio el capitán del barco, suplicándole a su vez que le dijera qué era lo que pasaba en tierra. Mi contestación fue naturalmente llevar el mensaje al General Ángel Flores con las noticias mundiales, lo que me agradeció mucho y me pidió que diariamente fuera yo en la lancha que me prestaba para recoger las noticias del barco de guerra, lo cual hice durante varios días.

En esos días hice amistad con dos hermanos ingleses apellidados Gossit, quienes tenían una pequeña embarcación de quince toneladas que hacía viajes por la costa del Pacífico. Su capitán era un viejo marinero de unos sesenta años que conocía toda la costa desde la frontera de Guatemala hasta el Norte de Baja California y tenía autorización para visitar todos los puertos, siempre que no salieran fuera del litoral mexicano, sino siempre a vista. El negocio de los señores Gossit era visitar los diversos puertos haciendo compras y ventas de mercancía, lo que se llamaba “hacer la fayuca”. Me invitaron, como no tenía nada que hacer en Mazatlán aparte de comunicaciones, a que los acompañara en el próximo viaje que iban a emprender en esos días.

Al salir del puerto falló el pequeño motor del barco y durante las dos semanas que los acompañé navegamos a vela. No había ningún camarote y tuve que dormir al aire libre en la cubierta y, como casi siempre llovía en la noche, en la mañana tenía que cambiar la ropa, dejando secar la que me quitaba. Después de varios días llegamos a San Blas, Sinaloa, donde no había puerto, sino que descargaban los barcos con botes de remo que tenían que esperar para entrar y salir sobre las olas que eran bastantes brucas; pero tenían mucha práctica en su manejo. Tuve la intención de comprar tabaco de Tepic de un señor Lanzagorta, cosechero que en tiempo de aguas bajas viajaba desde Tepic a San Blas a caballo y durante las secas en su cochecito tirado por un caballo. Este señor Lanzagorta con el tiempo se volvió muy rico y tenemos negocios hoy con

sus descendientes. En San Blas hacía un calor horroroso y había muchísimos zancudos de los que se defiende la gente encendiendo fogatas a media calle para protegerse con el humo. No encontré tabaco entonces, aunque se esperaba su llegada y seguidamente viajé pasando muy cerca de las Islas Marías. En el camino se pescó una tortuga grande con un arpón, la que se destazó, cocinándola con la concha hacia abajo puesta sobre un brasero, comiendo principalmente las patas, que son muy sabrosas.

Después pasamos por unas islas que se llaman Marietas donde atracamos y era tanta la cantidad de huevos de pájaro en el suelo que era difícil caminar sin destruir algunos. Dos días después llegamos al Puerto de las Peñas que hoy se llama Puerto Vallarta. Nos bañamos en el mar y después en la desembocadura del Río Purificación. El puerto de las Peñas consistía de una sola calle de menos de un kilómetro de largo, con un hotel. Su único atractivo era un bosque de coyol, pero en lugar de nueces duras, las que crecen ahí son suaves y servían de pasto para los cochinos que andaban por el monte. Los vecinos se ocupaban de matar los cerdos y vender la manteca, bastante líquida por cierto, y venían barcos de California para recoger los cochinos y su manteca. Sobre el Río Purificación sólo había unos cuantos jacales y una playa que se llamaba Del Muerto.

Hoy ese lugar se ha vuelto famoso con el nombre de Puerto Vallarta con hoteles modernos y mucho turismo, con la esperanza de que algún día sea un segundo Acapulco. Se llega en avión desde Guadalajara y desde Mazatlán y muy poca gente sabe que este sitio se llamó alguna vez Las Peñas.

Como no había tabaco regresamos a San Blas y para entonces ya había llegado un barco con el señor Lanzagorta. Pasé dos días en la playa revisando el tabaco y compré unos cientos de tercios que embarqué a Salina Cruz en un barco que por casualidad pasaba por ahí, poniendo un telegrama a mi padre para que enviara un empleado a recibirlos y reembarcarlos a Coatzacoalcos con destino a Noráfrica. Fue un negocio muy bueno porque pagué el tabaco con los billetes que entonces circulaban llamados “bilimbiques”, cuyos fondos me mandó mi padre por telégrafo desde México, y se vendió después en dólares.

Un incidente me llamó la atención en la playa de San Blas, el de una madre que le daba el pecho a su retoño parado entre sus piernas y al terminar su alimento le metió en la boca un puro del tabaco negro de Compostela, que es el más fuerte que hay en México.

Cuando llegué a Mazatlán en otra ocasión, me enteré que el jefe de armas puesto por Obregón y que era uno de sus Generales, al parecer tuvo aspiraciones de llegar a la presidencia de la República, así que los amigos de Obregón le ofrecieron un banquete en el Hotel Belmar, en el paseo de Olas Altas, y después del banquete murió de fuertes dolores de estómago, por lo que las malas lenguas decían que lo habían envenenado. Este General se llamaba Ángel Flores y una de las calles más céntricas de Mazatlán todavía hoy lleva su nombre.



A principios de este siglo había en Orizaba, como en las principales ciudades, tanto del estado de Veracruz como de todos los estados de la República, unos funcionarios llamados Jefes Políticos, nombrados por el Gobierno y que tenían mayores atribuciones que los Ayuntamientos, según se supone legalmente constituidos. En Orizaba, en la época a que me refiero, el Jefe Polí-

tico se apellidaba Gómez (no recuerdo su nombre de pila), y como llevaba una barba negra que le cubría la corbata, todo mundo lo conocía por el “Barba Azul”.

En el año de 1906, al mismo tiempo que surgía una huelga en Cananea, Sonora, hubo un levantamiento de trabajadores en Río Blanco, Veracruz, que se quejaban de que sus cuentas por salarios se llevaban en un libro en la tienda de raya y en la misma tienda se les obligaba a comprar sus comestibles que se les cargaban a precios exorbitantes y, por lo tanto, había veces que al fin de mes salían debiendo. Los trabajadores de la fábrica atacaron la tienda, la saquearon y quemaron y hubo un incidente, según se cuenta, de un señor que se llamaba Heriberto Jara, contador de la tienda a quien otro trabajador le salvó la vida sacándolo de ella metido en un costal.

Este señor Heriberto Jara abrazó después la causa de la Revolución, en donde llegó a ser General de División, habiendo sido Comandante Militar de la Plaza de Veracruz, Gobernador de Tabasco y miembro prominente del Congreso Constituyente en Querétaro en 1917 y, finalmente, Secretario de Marina en la época de Miguel Alemán.

Al fallecer dejó dispuesto en su testamento que se incinerara su cuerpo y que las cenizas fueran arrojadas al mar. Esta voluntad fue cumplida hace algunas semanas (estoy escribiendo esto en el mes de junio de 1969). Sus cenizas fueron arrojadas desde un barco, entre la Bocana y la Isla de Sacrificios.

Volviendo al asunto de la huelga, el Coronel Rosalino Martínez, por orden de la superioridad, mandó una fuerza militar que fue puesta a las órdenes del Jefe Político Gómez y éste marchó desde Orizaba hasta Río Blanco, donde las tropas fueron recibidas a pedradas y empezó un fuerte tiroteo que hizo que la mayor parte de los obreros que no fueron muertos en el acto huyeran rumbo los bosques cercanos, siendo perseguidos por la tropa y los que cayeron prisioneros fueron fusilados en el acto. Estos hechos se han conmemorado con un monumento que aún existe en la calle principal del Río Blanco.

Quien esto escribe estuvo varios años después en el puerto norteamericano de San Diego, California, y encontró en la calle al ex Jefe Político Gómez, quien lo reconoció inmediatamente, dándole un abrazo a su viejo amigo de Orizaba y preguntándole qué hacía por allá; le manifesté que estaba esperando el barco que salía para Ensenada y que era el único medio de comunicación, ya que no había carretera o camino al Sur. Resulta que el “Barba Azul” tuvo que salir de Orizaba por los muchos enemigos que se le habían formado y también el gobierno quiso recompensarlo con el nombramiento de Gobernador del Territorio Norte de Baja California. Me invitó a acompañarlo en su camarote dándome la litera alta y él tomó la baja, con una pavorosa pistola cercana a la mano. Al preguntarme qué negocio me llevaba a Ensenada, le hablé de la venta de puros que hacía yo entonces y también que tenía que cobrar una cuenta de unos \$400 a un cantinero que no contestaba nuestras cartas ni había hecho pago alguno en casi un año. El señor Gómez me dijo que conocía bien a ese cantinero y al llegar a Ensenada llegamos a su establecimiento y encontrando a su dueño, éste preguntó a que se debía el honor de su visita. El señor Gómez le dijo en contestación que venía únicamente para acompañar a su buen amigo Mayer de Orizaba, a quien le debía una cantidad que no pagaba y quería que esto se hiciera en el acto. El cantinero le contestó que no tenía dinero suficiente en el mostrador y se le dijo que fuera a la trastienda a buscarlo. Me echó una mirada nada amistosa, fue por el dinero y lo puso sobre el mostrador para pagarme. Me preguntó si no le daba un recibo a lo que le contesté que creía que la presencia de la primera autoridad era bastante reconocimiento al pago que estaba hacien-

do; pero que si quería un recibo que lo escribiera y yo lo firmaría con el mismo “gusto” con el que él me había pagado. Nos despedimos sin aceptar una copa que nos ofrecía. El Gobernador se despidió de mí frente a su oficina, diciéndome solamente que transmitiera sus saludos a sus hijos que estaban todavía en Orizaba. Yo me resolví a regresar a San Diego en el mismo barco, porque no me pareció prudente permanecer en Ensenada teniendo al cantinero de enemigo. Éste todavía me había preguntado si queríamos hacer otro embarque de puros y le dije que solamente si mandaba al dinero por adelantado.



En unos de mis viajes como vendedor de puros me encontraba en Nogales, Sonora, para tomar un avión a Chihuahua y puntos intermedios. Al llegar a Cananea se soltó un viento sumamente fuerte con aguacero. El aviador dijo que era peligroso seguir y nos recomendó pasar la noche en el hotel de ese lugar. Los pasajeros accedieron al consejo, menos unos cuantos que prefirieron regresar a Nogales por ferrocarril y seguir por la misma vía hasta la capital.

El dueño del hotel nos informó que tanto la iluminación como la calefacción de la ciudad, provenían de gas desde la frontera y que por destrozos por el mal tiempo se había interrumpido, pero que tenía una estufa vieja en el sótano para quemar leña que habría que subir a la cocina; algunos de los viajeros se ofrecieron para subirla, traer leña y acomodar la chimenea para que se nos pudiera hacer la comida. Como calculé que en esto pasaría una hora, cogí mi muestrario de puros y mi libro de pedidos y me despedí de los demás, diciéndoles que regresaría a tiempo para la comida, tal vez una hora. No faltó quien dijera con malicia “Este Mayer seguramente va a aprovechar su estancia aquí para visitar a una amiga”. Yo, en cambio, visité a unos diez clientes, cantineros nacionales y españoles, comerciantes chinos, la tienda de raya de la Cananea Copper Co., que era nuestro mejor cliente, y al Gerente del Banco de Cananea, ciudadano norteamericano, pero cliente particular; a todos ellos les expliqué la causa de mi visita intempestiva, solicitando que aprovecharan la oportunidad para darme un pedido. Todos accedieron de muy buena gana y cuando regresé al hotel me preguntaron que qué había con la “amiga” que había ido a ver. Les dije que no fueran maliciosos, que había aprovechado muy bien el tiempo y saqué de mi bolsillo el libro mostrándoles unos diez pedidos de puros con importe de más de mil pesos. Se regocijaron mucho que hubiera aprovechado esa oportunidad inesperada y me abrazaron, por lo que a cada uno le regalé una botella de cerveza.

La noche estuvo muy fría y el hotelero tuvo que poner tres cobertores de lana sobre cada cama. A la mañana siguiente el aviador dijo que no había peligro en seguir el viaje, pero no sabía si era mejor ir a Ciudad Juárez o Chihuahua; al pasar sobre un campo de aviación había un hombre con una bandera que nos hizo señas para no aterrizar, ya que ese campo también estaba inundado. También nos dio a entender que no podíamos ir a Ciudad Juárez por la misma causa y entonces seguimos para Chihuahua, a donde llegamos sin novedad.

En Chihuahua tenía yo muchos amigos y clientes, y me quedé varios días trabajando la plaza con singular éxito. En la tienda de un cliente chino noté que algunas cajas de puros tenían unas hojas de papel amarillo con jeroglíficos de su idioma y a mi pregunta me contestó que era una recomendación para sus paisanos de los puros que contenía. Entonces le supliqué que me escri-

biera un pequeño anuncio en su mismo idioma que procedió a hacer con un pincel, declarando que los puros de La Rica Hoja eran los mejores y recomendando a sus paisanos que les dieran la preferencia en sus compras, lo que hizo con mucho gusto. Unos días después estuve en Tampico a visitar a otros clientes chinos y les enseñé ese papelito para preguntar qué era lo que decía, ante el temor de que se me hubiera hecho alguna broma. Pero aquel chino me leyó lo que estaba escrito y era exactamente lo que yo había pedido a su paisano. Había una imprenta donde hacían grabados en metal y mandé grabar lo que estaba escrito y, como nosotros en la fábrica teníamos imprenta propia para etiquetas y para los membretes de papelería de escritorio, tomé el grabado para hacer la redacción que ya estaba escrita en chino y durante muchos años ponía ese papel en las cajas de puros que se mandaban a clientes chinos en toda la República, lo cual, creo, tuvo bastante buen efecto.